

mas. ¿Qué region del Asia, Africa y América, descubierta por los portugueses, no esperimentó la ilustracion sobre la verdadera creencia? ¿Con cuánta razon encarece Resende la dignidad y el celo de tanto número de obreros infatigables de la verdad?

La decadencia general, de que hemos de ocuparnos mas adelante, se hizo extensiva á Portugal: los predicadores notables se cuentan hasta la declinacion del siglo XVI: Osorio, Castillo Blanco, Fr. Felipe de Luz y Galvan, cierran el período á que nos propusimos llegar en este momento. «Dos usos diferentes, dice el Obispo de Beja, tuvieron los oradores de esta época, aun dentro de la gravedad oratoria. Uno fué decir en los asuntos lo que con respecto á ellos dejaron escrito los Santos Padres: el otro consistia en discurrir á fuerza de raciocinio. El ejercicio de cualquiera de estos dos métodos puede ser defectuoso. Entregada una alma á sí propia, si está desnuda de las luces de la materia y de las maneras con que es tratada por buenos autores, no solo espresará con rudeza sus conceptos, sino que estos serán siempre acertados. En el sistema de predicar ligado á muchas autoridades, hay otro riesgo: si falta la gracia de saberlas unir y de variar los tropos y regular las transacciones, puede ser verdad lo que se profiere, pero desagrada por lo insípido.» No debemos de comprender en estos defectos á los célebres predicadores de quienes se ha hablado. Tambien hubo otros que se ligaron á la simplicidad, ó no tuvieron la paciencia de fecundar los asuntos con aquellos ornatos que hacen gustosas las doctrinas. El P. Fr. Luis de Granada lo dice espresamente, pero no atribuye á los oradores de su tiempo los caprichos de que usaron los predicadores del siglo siguiente.

CAPITULO IV.

Siglo de Luis XIV. — Mascaron. — Fléchier. — BOSSUET. — Noticias sobre la vida de Bossuet. — Sermones de Bossuet. — Oraciones fúnebres de Bossuet: exámen y juicio crítico.

La Francia, en medio de sus extravíos, de sus conquistas, del lujo y las disipaciones de la córte, nos ofrece en el reinado de Luis XIV una de las épocas mas célebres en la historia de la palabra cristiana, comparada por muchos á la edad de oro de la Elocuencia sagrada, al siglo de los Santos Padres, y digna en efecto de los mayores encomios y de un estudio detenido por parte de la juventud.

Accion de gracias debemos comenzar tributando al Altísimo por sus bondades: allí donde ha sido necesario un héroe, un mártir, un apologista, un orador, allí han nacido y brotado, cual plantas privilegiadas, séres de vocacion perfecta, de entusiasmo, de valor, de fé siacera, de palabra ardiente, de virtud acrisolada; allí donde la Iglesia ha sido combatida, donde se ha predicado el error y la mentira, donde las creencias han sufrido menoscabo, allí se han publicado obras, se han dado ejemplos, se han ofrecido acciones dignas de ser imitadas; allí, en fin, donde el orgulloso ha menospreciado al humil-

de, el rico al pobre, el grande al pequeño, allí la voz robusta, la voz poderosa, irresistible, del sacerdote de una religion de paz y de armonia, de caridad y de amor, allí se ha dejado oír por cima de la lisonja, de la adulacion y del temor, residenciando á los opresores de la humanidad, á los déspotas, á los tiranos.... La Francia, rica, fuertemente unida, poderosa, influente en el resto de Europa; un monarca rodeado de inspirados artitas, de valerosos soldados, de hombres ilustres por su saber, por su prestigio y su nobleza; mudos todos ante aquella autoridad absoluta, reasumida en la célebre frase el *Estado soy yo*, ven alzarse ante el santuario, en el recinto sagrado del templo, censores severos, intachables, que examinan sus actos, que afean su conducta y les anuncian el término funesto de sus grandezas, de sus estravíos y sus miserias.

Muda la tribuna, mudo el foro, cerrados los parlamentos, sin prensa, sin libertad de hablar y de escribir en parte alguna, el sacerdote es el único intérprete fiel de los sentimientos del pueblo. En su favor aboga, en su defensa pronuncia brillantes discursos, tanto mas aplaudidos, cuanto que son la fiel espresion del sentimiento religioso de la Francia y del justo descontento de los oprimidos.

Dos siglos han trascurrido desde que los oradores franceses del siglo XVII pronunciaron en la cátedra del Espiritu Santo sus inspirados discursos, y esos admirables monumentos se leen con igual respeto que fueron oídos: el historiador, al llegar á este punto, no necesita gran espacio para llenar su mision, le basta recordar ideas, despertar sensaciones por todos experimentadas alguna vez. ¿Quién no conoce los triunfos de Bossuet, de Bourdaloue y de Masillon? ¿Quién no ha oido elogiar y encarecer su aspecto inspirado y magestuoso en la cá-

tedra santa, anunciando delante de los altares, con el calor y el sublime entusiasmo de los Profetas, las grandes verdades de la fé, al monarca mas poderoso del mundo y á todos los hombres de genio que rodeaban su trono? Recuérdese el grado de gloria adonde la Francia llegara en la época de Luis el Grande, representémonos una de las córtes mas brillantes del mundo, y al reflexionar que los ministros de la religion dominaban con su autoridad todas aquellas grandezas, tendremos alguna idea de la magestad y del poder de su elocuencia. Cuanto mas se elevaban los hombres fuera del santuario, mayor era la elevacion y grandeza de los predicadores; servíanse de la gloria misma para hacer mas alto su ministerio, mas augusta su doctrina, mas imponentes sus enseñanzas.

Solo á la Iglesia le ha sido dable ofrecernos esos magníficos espectáculos, esos triunfos tan legítimos, alcanzados por medio de la palabra, que colocada al servicio de la única religion verdadera y de la defensa de su doctrina santa, es cuando, como hemos dicho antes de ahora, se nos presenta á su mayor altura, no solo en sí misma, sino en sus resultados en bien de la humanidad.

Cuando Luis XIV se veia lisonjeado, obedecido ciegamente en sus menores caprichos y en sus mandatos por una muchedumbre de aduladores; cuando su poder no conocia freno ni los personajes de la mas alta gerarquia osaban apenas contradecirle, entonces humildes sacerdotes le recuerdan sus deberes con tanto respeto como energia, combaten con vivos colores el lujo y la disipacion de que el rey era cómplice, y hablando por último del Dios omnipotente que está sobre todos los poderosos, que ha de pedirles estrecha cuenta de la autoridad de que tan solo son meros depositarios, les mandan colocarla al servicio

de la felicidad de sus súbditos, viniendo á ser abogados solícitos, no solo de las virtudes, sino de las miserias del pueblo.

Un ministerio tan importante, ejercido con el genio y con el valor de los Ambrosios y de los Crisóstomos, debía tener una feliz influencia sobre la sociedad. De continuo los oradores cristianos han defendido la causa del pobre y del oprimido, y esto es conveniente recordarlo hoy á los muchos que lo han olvidado: ellos han sabido inspirar moderacion y dulzura á hombres envaneidos con sus bienes y su nobleza; mantenido en la práctica del bien, almas escogidas que lograron resistir el contagio y la seduccion de los placeres; conducido á una vida cristiana á personas que, en medio del bullicio del mundo y de la confusion de los negocios, se apartan ingratos de su Dios, y verificado, en fin, brillantes conversiones, reparacion solemne de los ultrajes hechos á la virtud por medio de los mayores escándalos.

La historia de la predicacion en Francia durante la época cuyo estudio nos corresponde hacer en este momento, es una prueba decisiva, si muchas no hubiera, de la visible y constante proteccion de Dios en los destinos de su Iglesia. Veámoslo:

MASCARON. Colocado este orador insigne en un período de transicion, entre el siglo de Luis XIII y el de Luis XIV, participa á la vez de la aspereza y del mal gusto del uno, y deja entrever la armonía, la magnificencia y la riqueza del otro: sus trabajos son casi idénticos en cierto sentido á los de los dos oradores que siguiéndole le han oscurecido: hay algo en él del vigor de Bossuet y de los felices pormenores de Fléchier, hallándose no obstante á gran distancia de la sublimidad y elegancia de estos ilustres predicadores.

De tal manera se ha espresado un crítico (1) hablando de Mascaron; su opinion es para nosotros decisiva en este particular; pues sin ser injustos, no es posible negar á este orador sagrado grandes dotes, aun cuando haya en él grandes defectos: tiene imaginacion, pero carece de buen gusto; su alma se eleva á veces, pero no acierta por lo comun á espresarse en asuntos grandiosos con soltura; hay, en fin, en sus trabajos mas ingenio que naturalidad.

El discurso mas notable de Mascaron es la oracion fúnebre pronunciada con motivo la muerte de M. Turenne: en este trabajo se encuentran bellezas de primer orden: su entonacion es elevada, hay novedad y buen gusto en muchos giros, las comparaciones tomadas del ocaso del sol, del rayo de las tormentas, de la rapidez de los rios, de la grandeza de los torrentes, de las sombras y de las nubes, se prodigan menos, y por esto producen mejor y mas seguro efecto.

FLÉCHIER nació el dia 10 de Junio del año 1632 en Pernes, villa perteneciente al condado de Aviñon. Fué su maestro el Padre Audiffret, Preboste de la congregacion de los hermanos de la Doctrina cristiana.

La primera obra con que se dió á conocer entre los literatos, fué una descripcion hecha en versos latinos de una fiesta real ó cabalgata dada por Luis XIV el año 1662 (2).

Desde sus primeros estudios, dice el P. de la Rue, tuvo gran aficion á la urbanidad y rectitud del estilo. Nada salia de su pluma, ni de sus lábios, aun en conversaciones privadas,

(1) Thomas. *Essai sur les éloges.*

(2) Esta descripcion se imprimió con el título de *Cursus Regius* el año 1669. Tambien se halla en la miscelánea de sus obras, año 1712.

que no pareciese y que no estuviese en efecto trabajado. Sus cartas y sus mas insignificantes notas tenían número y artificio; porque habiendo sido su primera ocupacion las bellas artes, y especialmente la poesia, se habia formado un hábito y casi una necesidad de escoger todas sus palabras y de unirlas en cadenciosa rima.

La pronunciacion de Fléchier, lánguida y poco animada, á la vez que auxiliaba poderosamente su memoria, daba al auditorio todo el tiempo necesario para percibir fácilmente la sublimidad de sus ideas y sentir el placer de deleitarse en ellas. Habiendo principiado á distinguirse en las oraciones fúnebres, la gravedad de estos asuntos, que requiere cierta tardanza natural de la voz y de la accion del orador, hicieron insensiblemente lugar á sus maneras, y convirtieron en cualidad aceptable una falta que en materias menos tristes quizá no se hubiera podido tolerar.

En la oracion fúnebre, en este género de elocuencia, uno de los mas difíciles, Fléchier supo mezclar la simetria y las gracias de su estilo con ciertos rasgos de una tierna sensibilidad, á cuyo suave calor adquirian siempre sus ideas nueva vida y esplendor; animándose por grados acertó á llegar hasta el patético, como sucedió en la oracion fúnebre de Turenne, asunto tratado por Mascaron, y que no obstante se considera y es en realidad su obra maestra. El exordio de este discurso será siempre citado por su armonia, por su magestad, sombrío carácter y la especie de dolor augusto que revela. El orador escoge por texto aquellas palabras del Libro de los Macabeos: *Fleerunt eum omnis populus Israel planctu magno, et lugebant dies multos, et dixerunt: Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel.*—Y acto conti-

nua comienza cautivando la atencion de su auditorio de un modo digno é inusitado. Oigámosle:

«No es posible, señores, que pueda daros una idea acabada del triste asunto de que vengo á hablaros: solo repitiendo aquellas nobles y espresivas palabras de que la sagrada Escritura se vale para ensalzar la vida y para llorar la muerte del sabio y valeroso Macabeo. Este hombre, que condujo la gloria de su nacion hasta los últimos ámbitos de la tierra, que con su égida cubria su campamento y con su espada abria el de los enemigos; que á los reyes coligados contra él ocasionaba mortales sinsabores, y alegraba á Jacob con virtudes y hazañas de eterna memoria; este hombre, que defendia las ciudades de Judá, que refrenaba el orgullo de los hijos de Ammon y de Esaú, que volvia cargado con los despojos de Samaria, despues de haber quemado sobre sus propios altares á los dioses de las naciones extranjeras; este hombre, colocado por Dios alrededor de Israel como un muro de bronce, donde tantas veces se estrellaron las legiones del Asia, y que despues de haber derrotado numerosos ejércitos y desconcertado los mas hábiles y mas soberbios generales de los reyes de Siria, venia todos los años, como el último y el mas pequeño de los Israelitas, á reparar con sus manos triunfadoras las ruinas del santuario, sin querer otra recompensa por los servicios que hacia á su patria, que el honor de haberla servido; este hombre valeroso, atacando, en fin, con invencible valor á los enemigos, á quienes habia puesto en vergonzosa fuga, recibió el golpe mortal, quedando supultado entre sus triunfos.

No bien circula el rumor de aquel funesto accidente, se conmueven todas las ciudades de Judá, y arroyos de lágrimas corren por las mejillas de todos sus habitantes.

Durante algun tiempo quedan como suspesos, mudos é inmóviles. Un esfuerzo supremo de dolor rompe al fin aquel largo y penoso silencio, y con voz entrecortada, con sollozos que partian de sus corazones, asiento de la tristeza, la com-

pasion y el temor, esclaman: ¡Cómo ha muerto aquel hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel! Al oír estos lamentos, Jerusalem redobla su llanto; se estremecen las bóvedas del templo; el Jordan enturbia sus aguas, y por todas sus márgenes resuena el eco de estas lúgubres palabras: ¡Cómo ha muerto aquel hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!».

En este discurso hay trozos dignos de tan magnífico exordio. Entre varios podemos citar aquel en que el orador habla de la modestia de Turenne; se respira en él el buen gusto de los antiguos.

«El honor, señores, de ser querido y estimado por el rey, no disminuyó su modestia... Al pronunciar esta palabra no sé qué remordimiento me detiene: temo publicar en este momento elogios que el héroe rechazó con frecuencia, y ofender después de su muerte una virtud que en tanta estima tuvo durante su vida. Pero cumplamos nuestro deber, y alabemos á Turenne sin temor, en un tiempo en que nadie puede creer nos sospechosos de adulacion, ni él es capaz de envanecerse. ¿Quién hizo nunca tan grandes cosas? ¿quién las dijo con mayor moderacion? Si conseguia una victoria, no era, según decía, porque él fuese hábil, sino porque el enemigo se habia equivocado: si daba cuenta de alguna batalla, no olvidaba la mas pequeña circunstancia, pero omitia siempre que era él quien la habia conseguido: si referia algunas de aquellas acciones que lo habian hecho tan célebre, se hubiera creído que se trataba de un mero espectador, y se dudaba si era él ó la fama quien no decia verdad. Cuando volvia de las gloriosas campañas que han hecho imperecedera su memoria, huia de las demostraciones populares y se ruborizaba con las aclamaciones de que era objeto...»

En el dulce reposo es cuando este príncipe, despojándose de la gloria que durante la guerra habia adquirido, y limi-

tándose á una reducida y escogida sociedad de amigos, se dedicaba silencioso á las virtudes civiles. Sincero en sus discursos, sencillo en sus acciones, fiel en sus amistades, exacto en el cumplimiento de sus deberes, moderado en sus deseos y grande hasta en las cosas mas pequeñas, se oculta siempre, pero su reputacion lo descubre; camina sin acompañamiento y sin ostentacion, pero cada cual en su mente se lo imagina colocado en un carro triunfal: al verlo, se cuentan los enemigos que ha vencido, no los criados que lo acompañan; y por solo que esté se descubren á su lado sus virtudes y sus victorias haciéndole compañía. En aquella honrada sencillez hay cierta nobleza, y cuanto menos altanero se muestra, mas respetable se hace.»

Con frecuencia se ha citado el siguiente trozo para demostrar que no es difícil ensalzar la humildad cristiana, á la vez que la gloria militar:

«¡Cuán difícil es, señores, haber vencido y ser humilde al mismo tiempo! las prosperidades militares dejan, cual ninguna, en el alma cierto placer conmovedor, que la llena y ocupa toda: los guerreros se atribuyen sin querer una superioridad de poder y de fuerza; se coronan por sus propias manos; miran como propiedad suya los laureles que con tanta dificultad han recogido, quizá regándolos con su sangre; y á pesar de los homenajes que tributan á Dios, á pesar de colocar bajo las sagradas bóvedas de sus templos las banderas destrozadas del enemigo, no es difícil que la vanidad ofusque parte de la gratitud, y que con las ofrendas presentadas al Señor mezclen mas de una vez los aplausos que creen deberse á sí mismos, y retengan al menos algunos granos de aquel incienso que van á quemar sobre los altares.»

Algunos críticos han reconvenido á Fléchier por no haber sabido retratar con exactitud al héroe que celebra, por referir con cierta debilidad los pormenores relativos á la conver-

sion de Turenne, descuidando hechos é ideas que hubieran engrandecido su asunto, por parecer muchas veces escrupuloso y afectado, por emplear, en fin, con exceso unas mismas figuras. Lo cierto es que Fléchier es superior bajo el punto de vista del arte que del genio: que en sus mas hermosos arranques se vé al retórico que se preocupa demasiado en colocar metódicamente sus frases, sin dejarse arrastrar sino raras veces y nunca con libertad.

Los que se han cuidado de comparar los discursos de Mascaron y de Fléchier acerca de M. Turenne, no saben á cuál dar la preferencia; por nuestra parte la concedemos al trabajo de Fléchier, sin desconocer el mérito del de su competidor. Villemain dice que Fléchier se suele elevar hasta el genio; al paso que Mascaron parece ser el brillante bosquejo del genio mismo; extraviado con frecuencia por un mal gusto. Mascaron dá mas lugar á la censura, es menos cuidadoso que Fléchier, é igualmente que este cae en la afectacion. Tiene todos los defectos de su rival, y aun otros menos disculpables, porque llegan hasta la extravagancia: se eleva, no obstante, algunas veces, y entonces es grande, muestra un alma elocuente, y hasta su diction se depura y parece que tiene cierta naturalidad enérgica y exacta, que no excluye la elegancia y vale acaso mas que la armonía.

Bossuet.

Escrito está el nombre del mas célebre de los oradores sagrados que cuenta la tribuna santa en el vecino pueblo francés; escrito está en nuestro libro el nombre de ese genio inspirado en las letras divinas, que con lengua de oro canta

las maravillas de la gracia, y sentado al borde de los sepulcros, publica las enseñanzas de la muerte y las verdades de la eternidad.

Bossuet llena mas que un siglo, mas que una época; no es la síntesis de un periodo de grattsima memoria, de un tiempo dado, y este el mas brillante y esclarecido; la fama, el nombre de Bossuet no cabe en el estrecho recinto de una nacion; Bossuet dá al suelo que le vió nacer una gran parte de su gloria, y aun tiene gloria para dar al orbe católico, como hijo predilecto, como hijo escogido del catolicismo.

Con razon se enorgullecen los franceses, porque en Francia brilló esa luz resplandeciente, porque en Francia resonó esa voz robusta, poderosa é irresistible; con razon debemos envancernos los cristianos de un orador que en época crítica para la religion, supo reunir las grandes dotes de los primeros Padres, igualándolos en muchas ocasiones hasta el punto de merecer una hoja de la brillante corona con que ha premiado sus trabajos la posteridad.

Bossuet no puede ser ya juzgado; su gloria no consiente la critica, inspirar puede únicamente la admiracion. Admirad, jóvenes, los discursos de Bossuet; leerlos muchas veces, y su lectura os hará comprender cuán difícil, pero cuán grande es la mision del orador sagrado; no hay otra superior á la suya; toda preparacion es escasa, todo cuanto para cumplirla alleguéis, útil y necesario.

Nació Bossuet en Dijon el dia 27 de Setiembre del año 1627. Su padre era uno de los miembros mas esclarecidos de la magistratura francesa. Sus primeros estudios los hizo en el colegio de Jesuitas de su ciudad natal; después pasó á París y